

po de una inminencia prolongada; es el libro que se desea pararrayos de la desolación con que se alimentará el autor. Hay, de entrada, una avidez de tono y ritmo solemne, declamatorios, cercanos a lo trágico, a lo versicular, que en momentos rinde buenos frutos, pero en muchos otros la cuerda no tiene la tensión necesaria y la nota grave no se alcanza; ¿pero qué poeta se hace sin ambicionar la posesión abundante de su lengua? Pimentel está en lo cierto al lanzarse de lleno a la conquista de *el verbo codicioso*, mortifica y arriesga sus versos en nombre de la posesión más honda.

La intención de solemne fatalidad que hay en el libro se fractura, positivamente, para dar paso al pequeño accidente vital, a la mínima anécdota que cifre en sí misma la malaventura romántica. El pequeño acontecimiento como la fractura de la desgracia solemne, sembrada en la obra y en la "vida esencial" del poeta de sino adverso; un breve contrapunto al infierno tan deseado. La vida, pues, como el accidente que quiebra la solemnidad poética con revelaciones sorprendidas y casi trágicas...

\*

*Peso tras peso hay que hacer una santa*  
[ *coperacha*  
*para comprarnos vino, cervezas, una*  
[ *botella de tequila Sauza*  
*una cajetilla de cigarros.*  
*Chupar parejo hasta que alguien se*  
[ *levante y diga:*  
*"yo soy puto y qué".*

\*

*Catacumbas* es inevitable y naturalmente un libro disparejo. No puede ser otra cosa la primera excursión efectuada por el autor, por cualquier autor, al terreno de la verdadera poesía y, dentro de esta, su deseo de allegarse a la delgada franja que delimita la fractura de la literatura romántica desgraciada. Zambullirse en ese abismo no es nada fácil, menos cuando se intenta ciento-cincuenta años después y hay tantos obstáculos de retórica hueca, de falsa solemnidad y de facilismos melodramáticos; cuando la pose y el hábito del vate desgraciado cuelgan a la mano casi de cualquiera. Pimentel sabe buscar su poesía; hay en él fidelidad al áspero contacto físico con la desgracia;

se percibe un mal inficionado no *hasta* sino *desde* los huesos. El mundo físico como metáfora y metonimia —imagen y contigüedad— de los males anhelados. Poesía en eco de la desgracia a partir de su áspera huella en la carne seca del autor-autosuplicante:

\*

*Es la codicia de la virgen*  
*la que hace de la noche un túnel*  
[ *enemigo,*  
*un horno que a sombras nos consume.*  
*Cierro los ojos y veo el martirio de*  
[ *su carne,*  
*el trabajo de líquidos feroces que*  
[ *invaden su retina,*  
*para que ella tampoco pueda verse*  
*la de antes y con los mismos ojos.*

\*

*Y si el infierno me diera una de sus*  
[ *noches, yo le diría:*  
*"¿y qué es soñar con vírgenes*  
[ *cristianas?"*  
*Otra vez el goce es un asunto de*  
[ *derecho*  
*y la primicia, cáliz consagrado,*  
*un arrebato de músculos caninos*  
*que destazan a su presa, la carnada*  
[ *sangrante e indefensa.*

\*

Por todo lo visto, Pimentel está convencido de que las musas son ángeles terribles cuyo contacto será, siempre, la más potente violación; entonces apresta sus dos cuerpos —el de carne animada y el de la escritura—, a quienes de esta suerte ha encomendado la realización de su sino inminente, a la *desgarradura* furiosa producida por las altas potencias; desgarradura convocada y bienvenida como único paso verdadero de la vida por su persona; desgarradura que al tomar un cuerpo lo aniquila, pero también lo reconoce, lo elige y lo nombra: una catacumba es un cementerio subterráneo a menudo con inscripciones: de ahí el título del libro que cifra en su mero rótulo la voluntad agónica del poeta, el fuego seco que apetece como alimento.

**Alberto Paredes**

## DE ACTUALIDADES

### *Los intelectuales y la historia contemporánea*

Un homenaje es también y sobre todo un balance, y más allá de la hermosa ocasión que propicia a éste, es oportuno que lo hagamos justo ahora, cuando en todas partes asistimos a una erupción de memorias, autobiografías, recuentos y narraciones palinódicas: son las huellas, las ondulaciones y las estelas de la travesía del siglo que se nos va. Octavio Paz es —como reza el título de su último libro— un hombre de este siglo: protagonista y espectador, participante y testigo. Y es un hombre de este siglo porque en su obra encarna (la palabra es exactísima) la experiencia central de estos ochenta y cuatro años, ésa que nos coloca a todos nosotros en una encrucijada: el desfundamiento de la Utopía en cualquiera de sus proyectos y lo que de ahí se desprende: la cancelación de las certezas, el derrumbe de los Absolutos, la caída de la fe colocada en una instancia superior, terrenal o escatológica. Un autor francés ha llamado a este momento *l'heure du vide* (la hora del vacío). ¿Qué hacer frente a ese vacío? O, mejor, ¿cómo enfrentarlo? Adelanto la que creo que es la única respuesta posible: más que tráfugas, más que nihilistas, más que desilusionados, debemos ser responsables, lúcidos, apelar a esa íntima convicción que nos convierte en hombres que descubrimos creando y que creamos descubriendo.

El ejercicio de la capacidad crítica, y la perspectiva que arriman el tiempo y mi propio desarrollo como intelectual, me conducen aquí a preguntarme cómo han actuado los escritores e intelectuales de América Latina ante esa minuciosa trituración de la Utopía. No creo exagerar si digo que hay por lo menos dos posturas netamente separadas, perfectamente definidas.

La primera hace suya la permanencia de una actitud crítica que se sitúa en el terreno de lo que podríamos llamar las "lealtades" y que tiene como

Texto de la ponencia leída en el homenaje a Octavio Paz, realizado en el mes de agosto.

# RESEÑAS

horizonte la experiencia histórica de la realización de la Utopía. Su discurso se inscribe con derecho en eso que Marx llamaba la "ideología": el enmascaramiento de las verdades, el recurso al voluntarismo como fuerza motora, la puntual distorsión de los hechos amparada en el idealismo y el subjetivismo, el supuesto monopolio de las "buenas conciencias". Niega lo que tiene delante de los ojos, se aferra a una metodología que necesariamente tiene una respuesta para todo, se declara la vanguardia que habla en nombre de aspiraciones que son colectivas. Allí no hay análisis de lo concreto ni reconocimiento de la realidad real: hay propagandismo y esa perversa "buena fe" que es el fruto más notable del sentimentalismo. El rigor y el sano compromiso con lo real se sustituyen por el paraguas ideológico y la búsqueda implacable de la satisfacción de los propios deseos.

La segunda actitud hace suya la per-

manencia y el ahondamiento de la capacidad crítica. Se arriesga a señalar que la retórica utópica es un discurso irreal, una construcción huérfana de verdaderos cimientos, y al meterse a desenmascarar la falsedad y la impostura, al enfrentarse a lo real con los ojos bien abiertos, descubre los hechos desnudos, contundentes, cargados con el peso de lo concreto. Es una actitud que fía en la razón y sus instrumentos, que no quieren engaños ni autoengaños, que al rechazar la ortodoxia postula el empleo a fondo de la imaginación y la inventiva. Está formada por hombres que aceptan las responsabilidades de la libertad: el riesgo de pensar por su cuenta, el desafío que implica nadar a contracorriente, el amor por una soledad e intemperie que suelen ser (todos lo sabemos) inhóspitas. ¿Qué sucede, entonces? Se asiste al reemplazo de la certidumbre utópica por un sano realismo de lo posible, por una pasión por la

realidad tal cual es, sin que ello conduzca —y esto es importante subrayarlo— a un escepticismo cínico, a un conformismo hipócrita. Es una forma de admitir y asumir "la hora del vacío". Pero también es una apuesta al futuro: como quería Tocqueville, estos hombres no buscan en la libertad otra cosa que a ella misma. Y así lo hacen porque saben que es un don precioso: la única condición necesaria para que el ser humano sea, exista, viva.

Pertenezco, creo, a esta última categoría de intelectuales. Y compruebo, como latinoamericano, que ella me ha llevado a una revaloración de la democracia como el lugar donde se da esa libertad que acabo de mencionar, como el espacio donde se finca la apuesta al futuro. Y más: allí, en ese ágora abierto a todas las direcciones y cuyo solo requisito es el pluralismo de ideas y costumbres, de sentires y creencias, encuentro el caldo de cultivo para que convergan, más o menos felizmente, la realidad y el deseo. Convergen en la medida en que se echan a andar los mecanismos de compromiso y conciliación entre todos aquellos que están dispuestos a escuchar la opinión ajena, a respetar las distintas posiciones, a dialogar con flexibilidad sin renunciar a sus propias convicciones. No me extraña, entonces, la lección mayor que nos enseña este siglo nuestro: la democracia como devoradora de la Utopía. Esta aventura vital e intelectual, que sé que es compartida por buena parte de mi generación, se complementa con algo más: la distancia con respecto al Príncipe. La historia, y muchas cosas más, nos advierten que el poder, todo poder, se vuelve irreal y puede contaminar de irrealidad a cuanto toca. Hemos aprendido que a ese poder, si es legítimo, debe respetársele, pero que siempre habrá que mirarlo en estado de alerta y vigilancia.

Octavio Paz me ayudó a pensar y repensar estas cuestiones. En América Latina es de los primeros —si no el primero— que se enfrentó al mundo contemporáneo sin anteojeras y con una insomne voluntad de verdad. Si su reflexión sobre México lo convierte —y mido las palabras— en el poeta nacional por antonomasia, su análisis de nuestro continente y de nuestro mundo lo colocan, privilegiadamente, entre los hombres de este siglo.

**Danubio Torres Fierro**

